

INTRODUCCION

El viaje de Felipe III a tierras portuguesas, parte integrante del Imperio español en la época, es una de las celebraciones públicas más importantes de la centuria y su estudio es de excepcional interés tanto desde el punto de vista estilístico e iconográfico como iconológico.¹ Conscientes de que las obras efímeras, precisamente por su carácter eventual, responden quizás más fielmente que otro tipo de manifestación artística al modo de ser de una sociedad, hemos analizado las imágenes y el simbolismo de la monarquía española en las decoraciones efímeras lisboetas para conocer la imagen del rey español y profundizar en el mensaje ideológico de este viaje regio, de singular interés por realizarse a las tierras de una corona que había pasado a depender de la monarquía española en 1580, tras fallecer el rey don Enrique, como resultado de la política matrimonial de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Penosa y duradera fue la anexión, de hecho, de Portugal, ya que Felipe II tuvo que competir con otros pretendientes y con el sentimiento general de la nación vecina, que aún reconociendo el derecho que asistía al monarca español prefería cualquier solución antes que la unión a España temiendo por su independencia,² existiendo en ella un fuerte sentimiento nacional expuesto entre otros por el cronista mayor del reino de Portugal, fray Bernardo de Brito, en su *Monarchia Lusytana*, obra histórica en la que el autor remontándose a la creación del mundo trata de demostrar que desde entonces el pueblo portugués formó parte de la vanguardia de la civilización; pero la hábil política de Felipe II, el más poderoso de los pretendientes a la corona, consiguió la anexión del reino vecino

logrando que apoyaran el grupo felipista los partidarios de los duques de Braganza, al abandonar éstos su aspiración de llevar la corona portuguesa, y derrotando al prior de Crato, hijo bastardo del infante don Luis.

El aventurero prior se presentaba ante el pueblo portugués como el defensor de su libertad, al tiempo que pretendía llegar a un acuerdo con los representantes del rey de España negociando el precio de su retirada, pero sus desorbitadas pretensiones no tuvieron acogida y el pretendiente buscó el apoyo de los judíos portugueses, que le facilitaron contactos con Inglaterra y Guillermo de Orange. Ante su actitud, el cardenal don Enrique, reconocido como rey de Portugal al morir su sobrino don Sebastián, temiendo una penetración del protestantismo en Portugal, convocó las Cortes en Almeidín, en 1580, para confirmar la bastardía del prior e inclinarse por la candidatura de Felipe II, que al morir el rey-cardenal ocupó militarmente Portugal como legítimo soberano. La postura española fue desafortunada e inclinó al pueblo a ofrecer la corona al prior de Crato, que terminó, ante los ataques del poderoso rey español, huyendo a Francia.

El tacto y la habilidad política de Felipe II, aconsejado por Cristóbal Moura, consiguieron atraerse a los portugueses que en un principio estaban temerosos de perder su independencia. El monarca confirmó a las Cortes que todos los cargos del reino, exceptuando la regencia, recaerían sobre portugueses y que éstos gozarían en el resto del Imperio de los mismos privilegios que los castellanos, anulándose también las aduanas existentes hasta entonces en la Península. La actitud del rey ante

Portugal, aceptando sus leyes y costumbres, hizo que fuera clamorosamente recibido al hacer su entrada en Lisboa, el 27 de julio de 1581. Portugal, mientras duró su anexión al Imperio español, nunca dejó de ser un estado soberano y mantuvo sus Cortes, que reconocieron al príncipe Felipe, futuro Felipe III, en enero de 1583, abandonando la Corte, poco después, el reino de Portugal, a donde no volvería hasta 1619, con motivo de celebrar Cortes para que juraran al príncipe de Asturias como heredero, realizándose la solemne entrada del rey en Lisboa el día de San Pedro.³

En este tipo de recibimientos oficiales era costumbre expresar la adulación al monarca, pero Lisboa no sólo adula a Felipe III desmesuradamente, sino que no escatimó en gastos organizando la recepción más importante que hasta entonces se había hecho en la capital portuguesa y levantando espléndidas construcciones,⁴ que son obras capitales en el desarrollo del manierismo peninsular. Este manierismo se explica porque en la mayoría de los monumentos lisboetas se siguen modelos de entradas del siglo XVI, subsistiendo los diseños usados en las entradas flamencas de 1549.⁵ El grupo de alegorías de Castilla y Portugal, que coronan el arco de los orífices y lapidarios, soportando el globo terráqueo, repite el esquema dado en Amberes por Lambert von Noort en el arco de triunfo de la ciudad,⁶ mientras que el arco de la colonia alemana recuerda el diseño de Franciscvs Veldivs para la entrada del príncipe Felipe en Gante.⁷ En las obras lisboetas, inspiradas en buena parte por los tratados de Serlio y Vignola junto a los motivos ornamentales de Vredeman de Vries, hemos constatado la reiteración de los esquemas de arcos triunfales de la antigüedad de uno, tres y cuatro vanos, como el tetrapilono erigido por los hombres de negocios de Lisboa, que responde a un esquema direccional basado en los cuatro continentes, y el gran desarrollo que tienen a veces los zócalos, dando a esta arquitectura un carácter atectónico, evidentemente manierista. También es de destacar la frecuencia con que se recurre a composiciones en forma de portada-retablo, como ha subrayado Vetter,⁸ y los aspectos escenográficos, que recuerdan la tradición del teatro en la calle. Interesante

fue el desembarco de Felipe III en el muelle de Lisboa, donde fue recibido por Neptuno, y numerosas decoraciones, tanto en escultura como en pintura, que recuerdan el estilo de los tablados vivientes.

El profesor Kubler se ha ocupado en dos ocasiones de este viaje regio,⁹ conectando la entrada en Lisboa con las «alegres entradas flamencas» y viendo en algunas de las decoraciones lisboetas temas que parecían estar destinados a transmitir al rey y a los visitantes españoles los pensamientos y deseos de los súbditos portugueses. Kubler en una inscripción del arco de los zapateros, donde aparece Lisboa como princesa sobre todas las ciudades del mundo¹⁰ ve una alusión a la idea de que en la unión de España y Portugal fuera Lisboa la capital del reino. En relación con esta idea de Lisboa como centro preponderante, como capital, conecta la expresión de las riquezas naturales e industriales de Portugal, expresadas en la calle formada por alegorías de ciudades en la plaza de Pelourinho Vello y en las alegorías de las minas de oro y plata que poseía Portugal y que contribuían a la grandeza del Imperio.

Parece claro y lógico que Portugal quisiera expresar al monarca español lo que poseía e incluso hacer hincapié en que contribuía de manera importante a la grandeza del Imperio, ofreciendo a Felipe III sus riquezas. En esta línea aparece, en el arco de los orífices y lapidarios, una imagen muy significativa que representaba a Felipe II con dos coronas, símbolos de Castilla y Portugal, ofreciéndolas a su hijo con la inscripción: «Tomad, hijo, estas coronas que os doy, procurad conservarlas, porque si una se perdiera caerá vuestro Imperio.»¹¹ Pero el ilustre investigador ha querido ir más lejos de lo que realmente se presenta al monarca, viendo en las decoraciones de la real entrada, las expresiones portuguesas por un rápido restablecimiento de la independencia; así, en la expresión «sem segundo», que aparece en el arco de los Oficiaes de la Casa de la Moneda¹² y que el mismo profesor traduce por «sin igual», ha querido ver el doble significado de «sin sucesor». Hipotética alusión política que no está justificada si se tiene en cuenta que es un momento en que las Cortes portuguesas reconocieron al príncipe Felipe,¹³ el contexto donde apa-

rece, de donde no se puede desprender un elemento y darle una significación aislada, el programa global del viaje y las transposiciones a las que se presta el príncipe heredero, apareciendo claramente en algunas decoraciones una exaltación del futuro Felipe IV incidiendo en los modelos clásicos y como continuador de su padre, por tanto gobernando Portugal. Además hay que tener en cuenta que Portugal, según Domínguez Ortiz,¹⁴ nunca había dejado de ser un estado independiente y soberano, y que las clases superiores portuguesas habían aceptado la unión con Castilla pensando que su autonomía nacional quedaría asegurada y que la unión con una potencia fuerte les traería beneficios; y sólo cuando el poder naval de Castilla no les aseguraba su defensa y decrecía también su poder económico, el interés por la unión decayó, provocándose un movimiento independentista encuadrado dentro de los movimientos separatistas que ocasionaron el ocaso del Impero español en el reinado de Felipe IV.

En nuestra opinión, hay una clara diferencia entre lo que podríamos calificar de «autoalabanza de Portugal» y la idea de Portugal reivindicando su preponderancia e independencia perdida. Esto no impide aceptar que algunos sectores portugueses quisieran ver a Lisboa convertida en la capital del Imperio, como se pidió al monarca por el doctor Terreiro y se deduce del comentario de Lavaña a una empresa del arco de los italianos, en la que se representó un globo terráqueo rodeado por una serpiente con el mote «Consilio, et patientia». Lavaña explica la empresa diciendo que con consejo y paciencia se gobernará la monarquía española y añade «de la qual siendo cabeza Lisboa —que sola es capaz, i merecedora de su trono— crecerá de límites su imperio»,¹⁵ pero en ningún momento se aludó a la independencia. El mismo Alonso Enríquez, en el arco de los Oficiales de la Bandera de San Jorge, ofrece la corona portuguesa a Felipe III con la inscripción: «Esta corona ganada para vos con mi espada y con el valor de mis soldados, resplandecerá dignamente en vuestra cabeza»,¹⁶ apareciendo el monarca español como el continuador de la monarquía lusitana. Idea que también estuvo subrayada en el árbol genealógico de los reyes de

Portugal con Alonso Enríquez en las raíces y Felipe II en la cima.

Limitándonos al discurso de las imágenes y contexto histórico, como veremos en las páginas siguientes, no se presenta al monarca el deseo independentista de los súbditos portugueses, sino que se lleva a cabo una exaltación imperial como en pocas ocasiones se había hecho. Los arcos triunfales y sus decoraciones estaban destinados fundamentalmente a exaltar la fama de la monarquía española por medio de imágenes simbólicas, que reflejan plásticamente la idea imperial concebida por Carlos V y presentan a Felipe III como continuador de la historia de Portugal.